

A LA LETRA

# PRESENTACIÓN MOROSA

**BÁRBARA JACOBS** En vista de que colaboro por primera vez en la sexagenaria *armas y letras* debería empezar por presentarme, pero antes quisiera decir unas palabras sobre el origen del nombre que di a mi columna.

**A** la pregunta que me hice de qué podía ofrecer al lector a través de ella, pensé en el menú de un restaurante, que aparte de las sugerencias del día o combinaciones específicas de una comida completa, ofrece platillos sueltos con los que el comensal conforma su propio alimento. Este plan menos rígido que el otro y más afín a un antojo del momento suele llamarse “A la carta”, y de cualquier forma es del que desprendí mi título. Lo que ofrezco en “A la letra” es por lo tanto

eso, temas sueltos, una especie de conversación miscelánea, de picoteo, sin otra programación o intención que la de comunicarme mediante la palabra escrita, lo que hago además con mucho gusto y con entera libertad. Y si dije que lo que pretendo es conversar es porque lo que procuraré será dialogar con el lector o tomar en cuenta y adelantarme a sus posibles intereses e inquietudes, con la seguridad de que lo que en ningún momento pienso hacer es monologar ni hablar en el vacío.

Ahora que definí mi título sonreí al advertir que deducirlo no fue tan gratuito como podría parecer. Por escalofriante que resulte, debo admitir que, al estar entrando en territorio regiomontano con mi voz de fuereña, por vasos comunicantes cosmológicos o por simple maña pero inadvertidamente, me prendí del brazo nada menos que del mejor guía posible, me refiero a Alfonso Reyes, quien, aparte de ser de Monterrey, fue un gran gourmet al que, para colmo de coincidencias oportunas, en mi adolescencia

conocí a través de un cuento suyo titulado “La cena”.

Y hay otra defensa del nombre de mi columna, tan indeliberada como el paquete de asociaciones que para mí lo conectan con Alfonso Reyes. Me refiero al hecho de que conocemos el mundo a través de la boca, y no únicamente con el alimento sino con el sentido del gusto en general y lo que fuera que este paladeo despertara en nosotros. ¿O cuando tú viste el mar por primera vez no mojaste los dedos en sus aguas y te los llevaste a los labios? Cuando yo vi la nieve por primera vez me llevé un bocado blanco, frío y esponjoso a la lengua. En todo caso, a su modo este instinto asimismo explicaría que al nacer al mundo de *armas y letras* yo probara conocerlo por el medio oral de la palabra.

Me gustaría dejar registrado que, a diferencia de mi trato con *armas y letras* que es nuevo, mi relación con Monterrey es vieja y significativa, si bien nada frecuente ni familiar. De niña atravesé la ciudad en incontables ocasiones, pues con mis padres, hermana y hermanos, viajábamos en coche del D. F. hacia el este de los Estados Unidos por lo menos cada verano, a visitar a la parte paterna de mi familia, igualmente de emigrantes pero asentada en aquel país. Sin embargo, de estos hechos no conservo ningún recuerdo consciente, y no fue hasta 1987, hace veinte años, cuando, a raíz de la publicación de un libro mío que obtuvo en México el Premio Xavier Villaurrutia, el señor Castillo me invitó a viajar a Monterrey por tren para presentar en su librería mi novela ganadora. Pero fue menor mi sorpresa de ser invitada que mi terror a aceptar la

invitación, de modo que me perdí del reencuentro con la capital de Nuevo León con tal de no padecer los efectos de mi timidez.

Al respecto, hay que concederme que en aquellos años el feminismo no se había afianzado en México como para haber servido de estructura social o simple apoyo a la joven que yo era entonces, de por sí excesiva y, ¿lo admitiré?, quizás incluso agradecidamente atada a los tirantes del delantal del conservadurismo que todavía imperaba en nuestro país en general, y en particular en mi familia materna, de origen libanés, y aun en mi medio social, en el que comoquiera que fuera no juzgaban con buenos ojos, o a mí así me lo parecía, que una mujer casada, por muy escritora que fuera, viajara sola a enfrentar “compromisos adquiridos por su profesión”.

Bueno, es que tampoco se había afianzado en México la idea de las Mujeres Escritoras como toda una fuerza, mina mercantil o no, por más lujosamente que desde el siglo XVII encabezara la lista una Sor Juana Inés de la Cruz.

Por una razón u otra, pues hubo por lo menos una invitación más que tampoco atendí (¿puede haberse tratado de un encuentro de escritores auspiciado por la Cátedra Alfonso Reyes? No recuerdo bien), no regresé a Monterrey hasta 2005 cuando, ya viuda de Augusto Monterroso y vuelta a casar, de nuevo fui invitada y cuando, aunque me pesara, el estigma de “los compromisos adquiridos por mi profesión” me impidió rechazar la invitación y fallar tanto al feminismo como a mis propios intentos de desprendimiento de los desgastados aunque protectores tirantes del delantal. Y volví en 2006, en ocasión

de una exposición de Vicente Rojo en la Universidad Autónoma de Nuevo León, casa asimismo y precisamente de *armas y letras*.

Sin embargo, en ninguno de estos dos regresos a Monterrey probé el cabrito y, aunque regresé al D. F. con bolsas de “glorias” de regalo de viaje, tampoco las probé, abstinencias debidas a una extremada rigidez en la dieta que pase lo que pase algún día voy a romper. ¿Cómo decir que colaboro en *armas y letras* si no conozco el cabrito ni las “glorias”? Casi no me puedo adornar con leer a Alfonso Reyes sin haber paladeado los platos y dulces característicos de su estado natal, si se me perdona clasificar las “glorias” como un simple dulce característico.

Además, a pesar de dos visitas recientes no conservo el recuerdo visual del Cerro de La Silla, omisión ésta de mi memoria que igualmente me ruboriza y que debería corregir.

Pero esta primera entrega de mi columna parece más bien la justificación de un viaje reparador a Monterrey que el artículo periodístico cultural que se esperaba que fuera. De manera que mejor paso a presentarme, que es lo que me proponía hacer en un principio, como buena mujer formal.

Decía, soy una escritora mexicana de sesenta años de edad. He publicado una decena de libros, de narrativa y de ensayo personal, y estoy empezando el decimoquinto año de colaboradora quincenal en las páginas de cultura del diario *La Jornada*. Por estos días, cuando entrego al editor un ensayo nada académico sobre la risa, espero la salida de mi libro número once, mi segundo volumen de cuentos, titulado *Vidas en vilo* ☞